



“En España, el librero de viejo se ocupaba de un mercado ancestral y cerrado, para bibliófilos y grandes aficionados al libro. El librero era casi un coleccionista, que mejoraba su fondo. El libro antiguo no tenía divulgación, fuera de su ámbito, ni se difundía entre el gran público”

Álvaro Durán:

“Las subastas han dinamizado el mercado del Libro Antiguo”

Desde hace diez años Álvaro Durán dirige la sección de subastas de libros de la marca Fernando Durán, empresa que tiene diferentes competencias, como Arte y Joyas. Están en pleno centro de Madrid, en la calle Lagasca, muy próximos a la Puerta de Alcalá. Anualmente hacen entre cuatro y seis subastas de libros antiguos, manuscritos, incunables, góticos, documentos, ejecutorias de hidalguía... Todo el material que ofertan tiene una procedencia conocida y legítima. Subastas Fernando Durán decidió independizar los libros, en la subastas de Arte y Joyas, para hacer ofertas específicas para un determinado tipo de compradores: así podían captar mejores libros, dinamizar el mercado y dar mejor servicio.

Entre los documentos subastados en Fernando Durán está el *Testamento de Francisco de Quevedo*, por el que funda un mayorazgo sobre todos sus bienes muebles y raíces, derechos y acciones, nombrando como primer sucesor a su sobrino Pedro de Aldrete, vecino de Madrid. El manuscrito, tamaño folio, de 5 hojas de papel timbrado, con firma autógrafa del escritor y del escribano, Alonso Pérez, está fechado en Villanueva de los Infantes, el 26 de abril de 1645, se remató en seis millones y medio de pesetas.

—¿Qué papel juegan hoy las subastas?

—En España, el librero de viejo se ocupaba de un mercado ancestral y cerrado, para bibliófilos y grandes aficionados al libro. El librero era casi un coleccionista, que mejoraba su fondo. El libro antiguo no tenía divulgación, fuera de su ámbito, ni se difundía entre el gran

público. Y al no difundirse las cotizaciones de los libros en las subastas, los bibliófilos compradores no sabían muy bien qué tenía de valor económico sus libros.

—¿Qué ventajas tienen las subastas frente a otros modos tradicionales de venta de libros antiguos?

—Las subastas han dinamizado el mercado, beneficiando al librero. Permiten llegar a partes geográficas muy alejadas y son muchos los libreros que en las subastas encuentran libros para sus clientes. Los participantes pueden comprar y vender a un precio justo. Hay ofertas, hay demandas, hay pujas para establecer el precio.

Recuerdo una importante colección de dibujos de José Luis Hidalgo, poeta santanderino nacido en Torres, en 1919. Se remató en veintisiete mil euros (cuatro millones y medio de pesetas). Era uno de los mejores representantes de la poesía existencia española, de la llamada Quinta santanderina del 42. Este excelente poeta y pintor estudió Bellas Artes en Valencia, donde entabló amistad con un grupo de poetas: acabarían fundando la revista Corcel, en noviembre de 1942. En otra ocasión, el poema sinfónico Salamanca, de Tomás Bretón, partitura autógrafa firmada, se vendió en un millón de pesetas. Las pujas determinan el justo precio. Es importante señalarlo, aunque me repita.

—¿Únicamente se ve el libro por su valor económico?

—Los aspectos culturales son los que dan valor de verdad a los libros antiguos: la historia del autor, la historia de su país. Un libro con su historia aporta muchos conocimientos. Una primera edición de Machado vale más por su ideología, por sus contenidos e historia, que por su edición en sí. Le pasa lo mismo que a Federico García